



El grito oculto
de Berta Lennox
J. L. Domínguez

El grito
oculto de
Berta Lennox

J. L. Domínguez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1625

© Juan Luis Domínguez, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-233-6444-2
Depósito legal: B. 20.298-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Barcelona, 19 de abril, 2022

Una profunda angustia y una sensación de ahogo, eso es lo primero que siento cuando pienso en aquel martes 19 de abril. Nunca antes me había sentido tan mal, ni siquiera cuando a él le diagnosticaron la enfermedad o el día que todo acabó.

Me había costado tres meses. Lo había intentado con anterioridad y cada vez, a última hora, lo cancelaba, no tenía fuerzas para regresar a Barcelona. Aunque lo habíamos acordado, me resultaba imposible, y aún sigo sin saber exactamente qué es lo que me hizo dar el paso; sin embargo, allí estaba, después de veintitrés años había vuelto.

El vuelo aterrizó alrededor de mediodía. Había mucha luz, en contraste con la oscuridad que había dejado en Londres. Recuerdo subir a pie los escalones de mi nueva casa mientras el equipaje ocupaba la cabina del pequeño ascensor. Mi cabeza no quería abrir aquella puerta, pero mis manos actuaban como las de un autómatas, sin poder de decisión. Entré, me quedé inmóvil unos segundos y acto seguido me arrodillé en el suelo, me dejé caer y lloré amargamente. Ya estaba, la etapa más feliz de mi vida había concluido y ahora em-

pezaba otra desconocida, otra en la que yo no había pedido participar.

Unos cuatro meses atrás había estado en aquel apartamento con Geoffrey. Él ya estaba muy mal, pero seguía sin perder su bonita sonrisa y ese bendito carácter, y quiso acompañarme, como en cada una de las visitas desde que lo compramos hasta que acabaron la reforma. Habían terminado las obras y estaban colocando los muebles que habíamos enviado desde Londres. Pasamos cinco maravillosos días en Barcelona, la ciudad que nos había presentado. Mientras equipábamos y decorábamos el que sería mi nuevo hogar cuando él ya no estuviese, rememoramos nuestra historia juntos, cada día, cada momento, aunque yo ya lo sabía. Estaba convencida de que se estaba acabando, de que le quedaba muy poco. Y él también debía de saberlo, porque me miraba más detenidamente, sin prisa. Imagino que era una manera de sobreponerse al dolor sin llamar mi atención.

Cuando me levanté del suelo me escocían los ojos: esas lágrimas no limpiaban, eran puro veneno. Pasé las maletas, levanté las persianas, abrí algunas ventanas y la enorme y arqueada puerta corredera de la terraza, y recorrí cada una de las estancias de la vivienda de aquel viejo edificio de finales del siglo XIX.

La mayoría de mis pertenencias, incluidas todas las cajas con los libros, trabajos y documentos de Geoffrey, habían llegado pocos días antes. Una de las escasas y ligeras amistades que había conservado de mi época en la universidad me había facilitado el

contacto de una conocida suya que me ayudó con la mudanza, la limpieza y la puesta a punto del piso; además, tuvo el bonito detalle de dejar en medio del salón, esperando mi llegada, una aspidistra, mi planta favorita, y algunos refrescos y cervezas en el frigorífico.

A mi marido le diagnosticaron el cáncer en enero de 2021 e inmediatamente regresamos al Reino Unido. El Foreign Office se portó bien con nosotros. Geoffrey llevaba un año como agregado comercial en el consulado de Chicago y, dadas las circunstancias, en poco más de cuarenta y ocho horas lo trasladaron a un puesto en King Charles Street, en el propio ministerio. En principio debía ser algo temporal, de transición, hasta que le hiciesen todas las pruebas y le pusiesen el tratamiento pertinente. Pero no, nunca volvimos a Chicago.

Lo tengo grabado en mi alma como si me lo hubiese tatuado un rayo. Aquel día lloviznaba. Geoffrey me citó después del trabajo en Saint James's Park, íbamos a cenar fuera. Aparentemente le seguían realizando pruebas y aún no habían terminado de ratificar su estado, pero no era así. Durante el paseo, protegidos por un enorme paraguas negro, me confirmó el peor de los augurios: no había remedio, me iba a dejar. Fruto de la impotencia y de la rabia, le golpeé el pecho, como si él fuese el culpable de su propio fin, hasta que me frenó, me rodeó con sus brazos y, como solía, utilizó su sonrisa, su gesto y su talante como medicina para aquella crisis. Lo sa-

bía desde hacía dos días, pero necesitaba tiempo para pensar y tomar algunas decisiones antes de decírmelo.

Dejó de llover, se encendieron las farolas del parque y nos sentamos en un banco.

—¿Lo sabe Jeff? —le pregunté en referencia a nuestro hijo.

—Sí, lo llamé ayer.

—¿Cómo reaccionó?

—Quería venir de Estocolmo y estar a tu lado cuando te lo contase, ya lo conoces. Incluso me propuso volver y quedarse el tiempo que hiciera falta, pero lo disuadí. Él tiene que seguir construyendo su propia vida y nosotros no debemos ser un impedimento. ¿Sabes?, parece feliz, trabaja en lo que le gusta y tiene muchas cosas en común con su chica, creo que tienen futuro y que algún día serás abuela, ya verás.

—¿Y tú?, ¿cómo estás tú? Perdona por lo de antes, es lo último que quería escuchar. Sabía que podía llegar, pero cada vez que aparecía la idea la torpedeaba para borrarla de mi cabeza.

—Bien, sí, estoy bien. No pienso morirme hasta que llegue el momento, y hasta entonces quiero estar a tu lado cada segundo.

—¿Cómo tenemos que actuar?, ¿qué te gustaría hacer?

—Antes deberíamos hablar de otras cosas.

—¿A qué te refieres?

—A ti, Berta, me refiero a ti. Lo más importante para mí en estos momentos es que estés bien, ahora y... después. Quiero dejarlo todo arreglado, y no creo

que Londres sea el mejor lugar en el que reanudar tu vida cuando yo no esté.

—¿Cuánto te queda? Por favor, Geoffrey, díme-lo, te lo suplico, necesito saberlo todo.

—No es eso, Berta. Dicen que pueden ser meses o incluso un año, pero depende de mí, y ya me conoces. Hazme caso, no deberías quedarte aquí. Jeff no está, nuestros amigos están repartidos por el mundo y vienen muy poco, y en Inglaterra tendrás demasiados recuerdos.

—No quiero olvidarte.

—Eso no va a pasar, estoy seguro. Pero aún eres joven y has de rehacer tu vida, debes seguir viviendo y esta ciudad es dura.

—Podría marcharme a Dover y arreglar la casa de tus padres. Tus tíos, Alfred y Anna, son felices allí.

—Por favor, Berta, no tenemos relación con ellos y yo no tengo más familia. Sabes que adoro mi ciudad, pero allí te acabarías marchitando.

—¿Entonces?

—Pensaba en Barcelona. La conoces bien, es una ciudad fácil, podrías retomar amistades de la universidad, y además eres española.

—¿Tú crees?, ¿no sería mejor regresar a Galicia?

—¿A Baiona? No, Berta, nooo. ¿Hace cuánto que te marchaste?, ¿treinta años?

—Sí, treinta. Tal vez podría reformar y abrir el bar que me dejaron mis padres, algo tendré que hacer.

—Si tuvieses a alguien allí lo entendería, pero no te espera nadie. Alguna vez hemos hablado de Barcelona como el lugar adonde retirarnos, por eso pen-

saba que era una buena idea. Y de lo otro no tienes que preocuparte ahora. Además, deberías seguir escribiendo, no te imagino regentando un bar, tú, la única gallega que no soporta la empanada —concluyó Geoffrey con la sana ironía que lo había convertido en uno de los diplomáticos más queridos y divertidos del cuerpo—. He hecho algunos números, y entre las pensiones del ministerio y del fondo tendrás para vivir bien. También podemos vender las casas de Londres y de Dover y tu local de Baiona y comprar un apartamento en Barcelona, aún te quedaría lo suficiente para estar tranquila.

—Supongo que tienes razón, pero me da vértigo pensarlo, Geoffrey. Por favor, no te mueras, por favor... —le dije mientras me atragantaba de dolor y mis ojos volvían a escupir lágrimas. No podía ser. ¿Por qué?, ¿por qué él? No, mi vida sin Geoffrey ya no sería mi vida.

Mi marido dejó de trabajar aquel día y pasamos todo el tiempo que pudimos juntos. Vendimos nuestras propiedades y compramos un bonito piso en Sarrrià, el barrio de Barcelona en el que vivimos al poco de conocernos. El proyecto de restauración de la vivienda nos ilusionó, a veces hasta llegaba a pensar que lo íbamos a habitar los dos, pero no era así, era su forma de ser, cómo me hacía sentir, todo por y para mí.

De techos muy altos, mantenía el carácter y la elegancia de los materiales con los que había sido construido ciento cuarenta años atrás. Quisimos respetar su estilo clásico, la distribución, las maderas y los arcos. Conseguimos cambiarle las entrañas sin ti-

rar un solo tabique y restauramos todos los elementos vistos. Lo acabamos con una decoración y un mobiliario contemporáneos y colgamos en las paredes nuestra colección de fotografía, logrando la transformación que teníamos en mente incluso antes de comprarlo.

Además de la luminosa cocina, dos aseos, un salón cuadrado perfecto y una inmensa terraza, la vivienda contaba con tres dormitorios. Uno de ellos lo arreglamos para mí; otro lo reformamos pensando en las visitas de nuestro hijo, su novia y, quién sabe, tal vez algún niño; y el tercero, como tributo a la casa y a todos los habitantes que la habían ocupado anteriormente, lo dejamos en su estado original, no cambiamos nada, se quedó tal y como lo encontramos, con su suelo, las paredes forradas de un papel pintado que debía de ser de los años setenta u ochenta y el color marfil original de sus puertas acristaladas. Pensaba convertir aquel cuarto en biblioteca y lugar de trabajo.

Pasé el resto de mi primer día en Barcelona sin Geoffrey deshaciendo el equipaje y abriendo y organizando el contenido de algunas cajas. Aquello ayudaba, aunque solo fuera a ratos, a bloquear los recuerdos y la añoranza. La amarga angustia que había conquistado mi garganta fue la causante de que el estómago y el resto de mi cuerpo se olvidaran de demandar bocado alguno, y me limité a paliar la sequedad con dos cortos tragos de agua fría. Cerca de la medianoche terminé de amontonar las cajas de libros y

documentos de mi marido en la habitación del papel pintado. Aunque las estanterías para colocarlos ya estaban montadas, era tarde y no me quedaba más energía, así que lo dejé para otro día. Antes de salir de la estancia, mirando sus paredes recordé a mi marido y sus jocosos comentarios: aquel grabado le parecía la mezcla más imperfecta e imposible. Los dueños originales habían sido capaces de conjuntar el estampado de los vestidos de la hija pequeña de *La casa de la pradera* con el de los nocturnos asistentes a Studio 54. Era lo más alucinante que había visto nunca. Aquel recuerdo me hizo sonreír durante un instante, confirmando que dejar el papel había sido una buena decisión.

Tumbada en la cama, sin poder dormir, repasé una y otra vez nuestra despedida, hacía poco más de tres meses. Era enero. En esa época del año el viento de los acantilados blancos de Dover sopla con mucha fuerza y es frío, pero así lo quería Geoffrey: nosotros dos, nadie más. De pie, al borde del precipicio, lancé al aire sus cenizas en su Dover natal, donde quería terminar, entre el mar y la tierra, entre él y yo.

Miré la hora; habían dado ya las dos de la mañana y seguía sin poder pegar ojo. Pensé en tomarme una de las pastillas que me había recetado el médico precisamente para noches como aquella, y cuyo frasco me había negado a estrenar. Pero entonces oí algo.